

Preguntas que nadie
se atreve a responder

FALSOS GURUS

Jagannatha Mishra Dasa

Falsos Gurus

Preguntas que nadie se atreve a responder

Falsos Gurus: preguntas que nadie se atreve a responder

© 2026 Jagannatha Mishra Dasa
Todos los derechos reservados.

Primera edición: marzo 2026

A la Luz del Shastra
shastra.bhaktiyoga.es

Este libro es gratuito. Puedes compartirlo libremente siempre que no se modifique ni se venda.

Diseño de portada: equipo bhaktiyoga.es
Maquetación interior: el autor

Versión epub disponible en shastra.bhaktiyoga.es/libros

*A todos los que tienen una pregunta
que nadie se atreve a responder.*

Y al maestro que nunca dejó de responder.

Contenido

Nota al lector	3
1. El engaño	7
2. El reconocimiento	11
3. La corrupción	15
4. La prueba	19
5. Las consecuencias	23
6. La potencia	27
7. El encubrimiento	31
8. La crisis	35
9. La protección	39
10. La pregunta final	43
Tu pregunta	47
Sobre el autor	49

Nota al lector

Si alguna vez has sentido que algo no cuadra en un grupo espiritual, en una iglesia, en un maestro que todos admiran—este libro es para ti. No importa tu tradición. No importa si no tienes ninguna. El patrón es el mismo en todas partes. Lo que cambian son los nombres.

La primera vez que alguien me hizo una de estas preguntas, yo tenía cuarenta y tantos años. Fue después de una clase, en un templo de España. Una mujer joven se acercó con la voz baja y los ojos inquietos de quien sabe que va a decir algo que no debería decir:

"¿Y si mi maestro espiritual no es lo que parece?"

Recuerdo el silencio que siguió. Recuerdo que miré alrededor para asegurarme de que nadie nos escuchaba. Y recuerdo que sentí vergüenza—no por ella, sino por mí. Porque yo sabía la respuesta. Llevaba años sabiéndola. Pero no me atrevía a decirla en voz alta.

Este libro es todo lo que debí responderle aquella tarde y no respondí. Porque en ciertos círculos, tu sinceridad no solo no cuenta—molesta.

Son diez preguntas. Nueve respondidas aquí—y una que falta: la tuya. Las que la gente se hace en privado pero no se atreve a hacer en público. Preguntas que nadie responde porque hay demasiado que perder: estatus, posición, comodidad. Preguntas que, si las haces donde no debes, te ganan una etiqueta de problemático.

Yo vengo del movimiento Hare Krishna. Es lo que conozco, lo que he vivido durante medio siglo. La mayoría de los ejemplos de este libro son de ahí—porque son los que puedo contar de primera mano, con nombres y fechas. Pero el mecanismo es universal. Si vienes del catolicismo, del budismo, de un grupo de yoga, de una iglesia evangélica, o si simplemente estás buscando algo real y no sabes en quién confiar—vas a reconocer el patrón. Cambian los nombres. El guión es el mismo.

Las respuestas no son mías. Son del *shastra*—los textos espirituales: el Bhagavad-gita, el Srimad Bhagavatam, los Puranas. Textos de miles de años que llevan diciendo lo mismo desde mucho antes de que existieran las instituciones que hoy prefieren que no los leas con demasiada atención.

Y si al terminar tienes tu propia pregunta, envíamela. Para eso existe A la Luz del Shastra—mi programa semanal donde respondo preguntas como estas, sin censura y sin guión.

El engaño

«¿Por qué parece que en la espiritualidad todo el mundo engaña a todo el mundo?»

Coaches que venden "despertar" en cuotas mensuales. Pastores que predicán pobreza desde mansiones. *Influencers* espirituales cuyo único mantra es el algoritmo. La espiritualidad se ha convertido en un mercado donde el producto eres tú—tu búsqueda, tu vulnerabilidad, tu necesidad de respuestas.

No es nuevo. Lleva pasando miles de años. Pregúntale a cualquier católico que haya visto a su párroco vivir mejor que sus fieles. A cualquier budista que se haya tragado un escándalo de su lama. A cualquier persona que haya pagado por un retiro de "sanación" y haya salido con menos dinero y las mismas preguntas.

Y hace décadas, alguien lo dijo mejor que nadie.

Hay una grabación que he escuchado decenas de veces. Es de madrugada. El sol aún no ha salido. Un grupo de jóvenes occidentales camina detrás de un anciano indio por un sendero polvoriento. El anciano lleva un bastón, una túnica azafranada y la clase de calma que solo tienen las personas que ya no necesitan nada del mundo.

Era Srila Prabhupada. El fundador del movimiento Hare Krishna. Un monje que llegó a Nueva York en 1965 con siete dólares y un baúl lleno de libros. En aquel paseo matutino alguien le hizo una pregunta que nos sigue persiguiendo medio siglo después.

La conversación fue así. Prabhupada hablaba en inglés, con su acento bengalí inconfundible:

"Everyone is cheating. Everyone is presenting some knowledge."

Todo el mundo engaña. Todo el mundo presenta algún conocimiento como si fuera la verdad.

Uno de los jóvenes respondió algo que sonó a broma, pero era completamente sincero: "Nosotros también éramos tramposos antes de conocerle a usted."

Y Prabhupada, sin perder el paso, dijo lo que para mí es una de las frases más lúcidas que he escuchado en medio siglo:

"Don't hear the cheaters, and don't try to cheat others. Be honest."

No escuches a los tramposos. No intentes engañar a otros. Sé honesto.



Suena a consejo de abuela. Pero la primera vez que escuché esa grabación, hace décadas, no sentí la simplicidad. Sentí el golpe. Porque la frase no apunta hacia fuera—apunta hacia dentro. No dice "cuidado con los tramposos". Dice "no intentes *tú* engañar". Empieza por ti.

Me obligó a preguntarme cosas que no quería preguntarme. ¿Estoy siendo honesto conmigo mismo? ¿En mi práctica, en mi motivación, en lo que presento al mundo? ¿O también estoy presentando "some knowledge"—algo que sé a medias, disfrazado de verdad completa?

Esa incomodidad es el punto de partida de todo este libro.



Porque el engaño no es solo un problema de los líderes espirituales. Es la condición humana. Políticos que prometen lo que no pueden cumplir. Científicos que ajustan datos. Amigos que te dicen lo que quieres oír. El engaño está en todas partes. Pero en la espiritualidad duele más, porque ahí estás abriendo lo más íntimo.

El Srimad Bhagavatam—una de las escrituras centrales de la tradición védica—abre sin andarse con rodeos:

dharmah projjhita-kaitavo 'tra

"Aquí se rechaza completamente toda forma de religión engañosa." (Srimad Bhagavatam 1.1.1)

No "algunas formas". Todas. El texto no hace excepciones. Y si los propios textos sagrados advierten del engaño dentro de la religión, quizá deberíamos hacerles caso.

• • •

Volvamos al paseo matutino. Un discípulo le preguntó a Prabhupada algo que yo también me he preguntado muchas veces: ¿por qué algunas personas aceptan la verdad espiritual y otras no?

Prabhupada respondió con una palabra: fortuna. Pero cuando le preguntaron si esa fortuna era la misericordia de Dios, su respuesta fue directa:

"Krishna's mercy is already there. It is your misuse of free will."

La misericordia ya está ahí. Siempre. Eres tú quien usa mal el libre albedrío. La oportunidad se da. Aceptarla o desperdiciarla es decisión tuya.

La primera vez que escuché todo esto, sentí algo muy incómodo. No rabia hacia los tramposos—eso es fácil. Sentí incomodidad conmigo mismo. Esa incomodidad me acompaña desde entonces. Y es la razón por la que escribo este libro.

El reconocimiento

«¿Cómo se supone que reconozca a un maestro espiritual auténtico?»

Tengo un recuerdo que no se me va. Debió de ser a finales de los setenta. Yo era joven, llevaba poco tiempo en el movimiento, y un swami—un monje renunciante—vino a visitar nuestro templo. No recuerdo su nombre. Recuerdo su presencia.

Entró en la sala y algo cambió. No estoy hablando en metáfora. Algo cambió. La gente se quedó quieta. Él no hizo nada espectacular—se sentó, habló con voz suave, citó las escrituras. Pero había algo detrás de sus palabras que las hacía pesar de otra manera. Como si no las estuviera recitando sino recordando algo que había visto.

Años después conocí a otros swamis. Muchos otros. Algunos tenían más erudición. Algunos hablaban de forma más bella. Algunos tenían más seguidores. Pero aquel algo no estaba. Habían memorizado las mismas escrituras, pero

las recitaban como quien lee un menú. No había nada detrás.

La diferencia entre unos y otros es exactamente lo que los textos llevan siglos explicando. Y cuando lo leí por primera vez, me cayó encima como un jarro de agua fría—porque explicaba lo que yo había sentido en aquella sala sin encontrar las palabras.



Los textos hablan de niveles de desarrollo espiritual. Los llaman **adhikara**—cualificación. Hay principiantes sinceros pero limitados, hay practicantes intermedios con compasión genuina, y hay un nivel—el más alto—donde la conexión con Dios es directa, constante, sin interrupciones.

He conocido a muchos principiantes sinceros en posiciones de liderazgo. No porque fueran malas personas, sino porque el sistema los puso ahí. Les dieron un título que no correspondía a su nivel. Y los textos son claros: solo alguien en el nivel más alto tiene lo que llaman **shakti**—una potencia espiritual real que transforma la conciencia de otros.

El Bhagavad-gita (4.34):

*tad viddhi pranipatena pariprasnena sevaya
upadeksyanti te jnanam jnaninas tattva-darsinah*

"Intenta aprender la verdad acercándote a un maestro espiritual. Inquiérese de él con sumisión y préstale servicio.

Las almas autorrealizadas pueden impartirte conocimiento porque han visto la verdad."

Tattva-darsinah. Los que han *visto* la verdad. No los que la han estudiado. No los que la recitan. Los que la han visto.



Otro texto va aún más lejos: el maestro genuino debe ser considerado representante directo de Dios (Srimad Bhagavatam 11.17.27). Es una posición altísima. Y eso tiene una implicación que sacude cualquier organización religiosa: si la cualificación viene del nivel de conciencia, ninguna institución puede otorgarla. Puedes nombrar a alguien "guru" por votación, por antigüedad, por política. Puedes darle un trono y un séquito. Pero si no ha alcanzado ese nivel, el nombramiento es un disfraz.

Es como poner una corona a alguien y esperar que se convierta en rey. El título está. La capacidad no.

Recuerdo aquel swami del templo, el que transformó el ambiente de la sala. Nadie lo había nombrado nada. No tenía comité detrás. Pero cuando hablaba, sabías que estaba hablando desde un lugar que tú todavía no habías visitado.

Eso es *tattva-darsinah*. Se siente en los huesos.

Pero hay un matiz que pocos explican.

No todo el que enseña tiene la misma responsabilidad. Una cosa es alguien que transmite el conocimiento

fielmente—que repite lo que recibió sin añadir ni quitar. Eso es valioso y no requiere perfección. Requiere honestidad.*

Otra cosa es alguien que acepta ser tu guía espiritual definitivo—el que se compromete a llevarte hasta el final del camino. Esa responsabilidad exige mucho más. Es la diferencia entre un buen profesor y un cirujano: al profesor le pides que explique bien; al cirujano le pides que no te mate.

Gran parte del problema viene de confundir estos dos roles. Personas que serían buenos instructores se presentan como guías absolutos. Y una institución que los trata como intercambiables multiplica el daño. ¿Y cómo distinguir al genuino del que finge? Los textos dan señales concretas. Pero esas señales las guardo para más adelante—para el capítulo donde hablamos de cómo protegerte.

Por ahora quédate con esto: la cualificación no la da un comité. La da el nivel de conciencia. Y si quieres saber cuántos líderes espirituales conoces—de cualquier tradición—que realmente tengan esa cualificación, cuenta con los dedos de una mano.

Ese número es tu respuesta.

* En la tradición védica, estos dos roles tienen nombres específicos: siksha guru (guru instructor) y diksha guru (guru iniciador). El siksha guru transmite el conocimiento tal como lo recibió. El diksha guru acepta un compromiso espiritual con el discípulo—canalizar su karma hacia Dios y guiarlo hasta la liberación. La cualificación que exigen los textos para cada uno es radicalmente distinta.

La corrupción

«¿Por qué las comunidades espirituales siempre terminan corrompiéndose?»

Todas las tradiciones espirituales tienen una edad dorada. Los católicos hablan de la Iglesia de los primeros apóstoles. Los budistas, de la comunidad original. Los sufíes, de los primeros derviches. Al principio había algo real, y después se perdió.

En mi caso, lo viví de cerca. En los años setenta y ochenta, el movimiento Hare Krishna era otra cosa. Lo digo sin nostalgia ciega. Lo digo porque lo viví y porque es verdad.

Había una frescura. Una energía. Cuando entrabas en un templo sentías algo que no puedo describir con palabras exactas, pero que todos los que lo vivimos reconocemos al instante cuando nos miramos a los ojos. Era como si el aire tuviera otro peso. Las personas habían dejado todo—literalmente todo—para servir. No había plan B. No había "mi carrera" por un lado y "mi espiritualidad" por

otro. Todo era lo mismo. Y esa totalidad generaba algo que solo puedo llamar magia.

Experiencias místicas cada cinco minutos.



¿Qué pasó? Lo que les pasa a todas las comunidades espirituales. Si vienes de otra tradición, cambia los nombres y reconocerás el guión.

Lo mismo que les pasó a las comunidades de los grandes yoguis. Lo mismo que les pasa hoy a las megaiglesias evangélicas.

Tardé años en entender por qué. El Srimad Bhagavatam (1.2.6) lo explica con dos palabras: el servicio espiritual debe ser **inmotivado** e **ininterrumpido**. Sin agenda personal. Sin pausas. Cuando es así, el alma se satisface plenamente. Cuando no lo es, da igual lo que hagas: queda un vacío.

Los deseos personales reemplazaron la entrega incondicional. Así de simple. Así de devastador.



Los líderes actuales dicen que ahora es mejor. Más personas, más infraestructura, más templos.

Pero todos sabemos que se perdió algo.

No hace falta que todo el mundo tenga una entrega total. La mayoría no la tendrá. Pero sí es necesario que haya un grupo—aunque sea pequeño—que dé ejemplo. Personas que son felices en su entrega. Que no tienen problemas materiales porque no los buscan. Que muestran a los demás hacia dónde va el camino. Que son, en sí mismas, la prueba viviente de que la filosofía y la práctica funcionan.

Cuando ese grupo desaparece, lo que queda es una cáscara. Se va perdiendo el mensaje original. Se hace difícil discernir entre lo genuino y las motivaciones personales. Y se crea un círculo vicioso: líderes con deseos personales atraen personas con deseos similares. Cada generación es un poco menos auténtica.

Pasó de ser un movimiento espiritual donde las experiencias místicas eran frecuentes, a una especie de religión corporativista donde demasiados líderes están ahí para su beneficio personal. Algunos claramente por dinero. Otros por prestigio. Otros por poder.

La pregunta que queda es: ¿a qué te rindes? ¿A una estructura que se ha convertido en fin en sí misma? ¿O a lo que esa estructura alguna vez señaló?

No a una institución. No a un comité. A la verdad—a través de quien realmente te conecta con ella.

La prueba

«¿Hay alguna forma fiable de saber si alguien es auténtico o está fingiendo?»

Sí. Una.

Cómo afronta el sufrimiento.

Las palabras se pueden imitar. La ropa espiritual se puede comprar. Los rituales se pueden memorizar. El carisma se puede cultivar. He conocido a personas que recitaban escrituras durante horas, que tenían una presencia imponente, que hablaban con una dulzura que derretía—y que por dentro estaban vacías.

Pero el sufrimiento no se puede fingir.

El Bhagavad-gita (2.14-15) lo describe así: la felicidad y la aflicción vienen y van como el invierno y el verano. La persona que no se perturba ante ninguna de las dos—*sama-duhkha-sukham*, igual ante el dolor y el placer—es merecedora de la liberación.

No insensible. Ecuánime.

Eso no se puede fingir.



Cuando un falso guía enfrenta una dificultad real—enfermedad, acusación, crisis—lo que ves es angustia. Lamento. Miedo. Ira. Victimismo. Se derrumba. Busca culpables. Se esconde.

He visto líderes espirituales—de los que la gente se postraba a sus pies—llorar de rabia en privado cuando las cosas no salían como querían. He visto sonrisas beatíficas evaporarse al primer problema serio. He visto el pánico en los ojos de alguien que se supone que está "más allá del mundo material".

Y he visto lo contrario.

Una practicante que conozco, una mujer mayor, sufrió un infarto. Cuando contaba la experiencia, decía que sintió el dolor físico—por supuesto—pero que era como verlo desde fuera. Su mente estaba tranquila. No hubo miedo. No hubo angustia existencial. Hubo la serenidad de quien está anclada en algo más profundo que el cuerpo.

Eso es *sama duhkha-sukha*. No se puede comprar. No se puede estudiar. No se puede imitar.

El sufrimiento es el termómetro. No las palabras. No los títulos. No la ropa. Ni el séquito.

Cómo vive el momento en que todo se viene abajo.

No hace falta que te lo cuente nadie. Obsérvalo tú mismo.

Las consecuencias

«¿Qué consecuencias tiene fingir ser un guía espiritual?»

Si un médico ejerce sin título, va a la cárcel. Si un abogado finge serlo, enfrenta cargos. Si un ingeniero firma planos sin habilitación, responde cuando el edificio se derrumba.

Pero un guía espiritual que finge... aparentemente no pasa nada.

¿O sí?

Sé lo que les pasa. No en abstracto. En personas concretas.

Las consecuencias, según los textos védicos, no son castigo divino. Son ley natural. Meter la mano en el fuego quema sin que nadie tenga que decidir quemarte. Y no es sufrimiento lejano. Es casi inmediato.

He visto a líderes espirituales que parecían intocables venirse abajo. Enfermedades fulminantes. Escándalos de la nada. Vidas deshaciéndose como castillos de arena. No lo

digo con satisfacción. Lo digo con tristeza. Muchos empezaron bien. Tenían algo genuino al principio. Pero en algún momento cruzaron una línea.



Pero lo más grave no es lo que les pasa a ellos. Es lo que les pasa a quienes les siguen. Y esto lo entendí no leyendo un texto, sino viendo la cara de un amigo que llevaba veinte años siguiendo a alguien que resultó ser un fraude. Fue como ver a alguien despertar de un sueño y descubrir que todo ese tiempo se ha perdido.

El Srimad Bhagavatam (7.15.36) lo dice sin rodeos: si quien ocupa la posición de guía no tiene una conexión real con Dios, da igual cuánto practique el discípulo. No avanza. No se purifica. No llega nada. Es como regar una planta de plástico—el gesto es el mismo, pero no hay vida dentro.

Un maestro genuino funciona como un canal transparente: el peso espiritual del discípulo pasa a través de él hacia Dios, que es quien realmente lo disuelve. El maestro no absorbe nada. Solo transmite. Pero un guía que finge no tiene esa conexión. No puede canalizar nada. El peso del discípulo llega a él—y se queda. Lo absorbe sin poder procesarlo. Y ocurre lo contrario de lo que promete: en lugar de aliviar la carga, la multiplica. Para él y para todos los que le siguen.

Y cuando el peso se hace insoportable—cuando enferma, cuando pierde el equilibrio, cuando su vida se

desmorona—¿a quién culpa? A sus discípulos. "No siguen bien." "No son lo bastante entregados." "Sus pecados me están afectando." La ironía es brutal: el que no puede canalizar nada acusa a otros de lo que él mismo no puede manejar.

Los discípulos no avanzan. Se frustran. Sienten que hacen todo bien pero algo no funciona. Empiezan a dudar de sí mismos, de la práctica, de Dios.

Lo he presenciado decenas de veces. Y siempre es igual: el discípulo sincero sufre en silencio, pensando que el fallo es suyo.

No. No siempre es tuyo.

A veces es de la persona que aceptaste como guía sin que nadie te ayudara a verificar si estaba cualificada.

La potencia

«¿Puede cualquier persona convertirse en maestro espiritual?»

Hoy en día cualquiera puede. Un curso online, un buen fotógrafo, una cuenta de Instagram. No hay barrera de entrada. Si tienes carisma y sabes hablar, el mercado espiritual te recibe con los brazos abiertos.

Pero poder presentarse no es lo mismo que poder guiar.



Lo que pasó en mi tradición es un ejemplo perfecto de lo que ocurre cuando no existe esa cualificación.

En 1977 Srila Prabhupada dejó este mundo. Dejó un movimiento mundial, miles de seguidores, cientos de templos. Y una pregunta que nadie quería enfrentar: ¿quién sigue?

Once de sus estudiantes se autonombraron sucesores en cónclave. Pasaron de estudiantes a ser venerados como maestros espirituales absolutos. No por su nivel de realización. Por decisión propia.

La mayoría fracasaron.

Escándalos sexuales. Fraudes financieros. Abusos de poder. Los discípulos que habían puesto su fe en ellos quedaron devastados.

¿La respuesta de la institución? Nombrar más. Hoy hay poco más de un centenar—el número sube y baja según los que nombran y los que fracasan. La pregunta sigue sin respuesta: ¿cuántos tienen la cualificación que los textos exigen?



Porque los textos son claros. La función del maestro espiritual genuino no es solo enseñar. Es transmitir *shakti*—una potencia espiritual que transforma desde dentro.

El Hari-bhakti-vilasa (2.6) define la iniciación espiritual como el proceso por el cual se transmite conocimiento divino—*divyam jnanam*—y se destruyen las reacciones pecaminosas. No información. Conocimiento que transforma. Esa transmisión requiere una potencia que no se adquiere con estudios; no viene con un nombramiento. Viene del nivel de conciencia.

La diferencia entre alguien que ha leído todo sobre nadar y alguien que sabe nadar. Si te estás ahogando, necesitas al segundo.

Un guía sin esa potencia es una lámpara sin aceite. No ilumina nada. Y quien la sigue camina a oscuras.



Pero hay algo que no necesita permiso de nadie:

Las escrituras.

No necesitas que nadie te autorice a leer el Bhagavad-gita. No necesitas un comité para acceder al Srimad Bhagavatam. El conocimiento está ahí, abierto, esperando. Lleva milenios esperando.

Si el maestro genuino no está disponible—o si el que tienes delante no lo es—ir a los textos directamente es infinitamente mejor que seguir a un ciego con cartel de guía.

Pero ¿qué pasa cuando el ciego tiene una organización entera detrás sosteniéndole el cartel?

El encubrimiento

«¿Por qué las instituciones religiosas protegen a sus líderes cuando fracasan?»

Es el mismo patrón. Siempre.

Un líder cae. La organización se entera. En lugar de actuar, encubre. Los que denuncian son silenciados. Pasan años. La verdad sale de todas formas. El daño ya está hecho.

La Iglesia Católica. Shambhala. Las megaiglesias evangélicas. El movimiento Hare Krishna.

En 2018, un informe del gran jurado de Pensilvania documentó más de mil casos de abuso por parte de trescientos sacerdotes católicos—encubiertos durante décadas por la jerarquía eclesiástica. Lo sabían. Traslataban a los acusados a otras parroquias. Los archivos se destruían. Los denunciantes eran ignorados o presionados. Algunas víctimas tenían doce años.

En el budismo tibetano pasó lo mismo. Sogyal Rinpoché, autor de **El libro tibetano de la vida y de la muerte**—un best-seller mundial—, fue acusado por múltiples alumnas de abuso sexual y físico durante décadas. La organización Rigpa lo sabía. Las denuncias internas eran silenciadas. Cuando el escándalo se hizo público en 2017, la respuesta inicial fue proteger la imagen del maestro, no a las víctimas.

No es un problema católico. No es un problema budista. No es un problema Hare Krishna. Es un problema de poder sin rendición de cuentas.

Lo conozco desde dentro. Voy a contar un caso del movimiento Hare Krishna. No rumores. Hechos de dominio público.



Uno de los gurus del movimiento—no voy a nombrarlo, pero el caso es de dominio público—fue acusado de conducta inapropiada con una menor. Existe una carta de disculpa firmada por él mismo. La cúpula directiva tuvo conocimiento de los hechos.

Recuerdo el día que me enteré. Estaba en casa de un amigo en el sur de España. Alguien sacó el tema durante la cena. Hubo un silencio largo. Y luego, uno por uno, la gente empezó a hablar en voz baja—como si las paredes pudieran oír. Todos sabían algo. Nadie había dicho nada.

Lo encubrieron. Durante años.

Según el testimonio público de alguien cercano a él, si de él hubiera dependido, habría renunciado. Pero la institución no podía permitirlo. Si renunciaba, la dirección tendría que explicar. Y explicar significaba reconocer que habían fallado.

• • •

Compara con el estándar original.

Hay una historia que hoy resulta incómoda. Chaitanya—el maestro que fundó este movimiento hace quinientos años—tenía un monje en su círculo íntimo. Un día, ese monje albergó un pensamiento inapropiado hacia una mujer. No hizo nada. No dijo nada. Un pensamiento.

Chaitanya lo expulsó. Permanentemente. Sin apelación.

Un pensamiento. Ese era el estándar.

Hoy, un caso documentado se barre debajo de la alfombra.

• • •

La misma persona que conocía el caso lo resumió en una frase: primero fue el error de los once que se autonombraron sucesores. Cuando fracasaron, en lugar de corregir el sistema, nombraron cien más. Diluir el error con volumen.

Las caídas siguen. Pero se gestionan. Se ocultan dos o tres años. Se negocian en privado. Se entierran.

¿Por qué? Porque proteger la estructura se vuelve más importante que proteger a las personas. Cuando una organización crece lo suficiente, su primera prioridad deja de ser su misión y pasa a ser su propia supervivencia.

No es maldad. Es inercia institucional. Pero el resultado es el mismo.

La crisis

«¿Qué hago si descubro que mi comunidad espiritual no es lo que parecía?»

Conozco esa sensación. Es como vivir en una casa durante años y descubrir un día que los cimientos están podridos. Todo sigue en pie, pero ya no te fías del suelo.

Has invertido años. Quizá décadas. Has construido relaciones, identidad, propósito. Y un día empiezas a notar cosas que no cuadran. Amigos que te dicen "no preguntes" cuando preguntas.

Y nadie quiere mirar. Porque hay toda una vida de identidad—personal e institucional—construida sobre ciertas suposiciones. Examinarlas demasiado de cerca requeriría reconstruir esa identidad. Y eso da más miedo que lo que has descubierto.

No importa si es una comunidad Hare Krishna, una parroquia católica, un centro budista, un grupo de yoga. La experiencia es la misma.

He pasado por esto. Y conozco a muchas personas que también.

Yo intenté cambiarlo. Escribí cartas. Tuve conversaciones. Propuse cambios concretos. Pensaba que si lo explicaba bien, si lo argumentaba con los textos, la gente escucharía. No escucharon. Me topé con el sistema—frío, eficiente, impersonal—y me aplastó como a una mosca contra un parabrisas. Sin maldad. Sin esfuerzo. Simplemente seguía su curso y yo estaba en medio.

Eso fue lo más duro. No la corrupción. No los escándalos. Descubrir que al sistema no le importas. Que tu sinceridad no solo no cuenta—molesta.



No hace falta irse. Pero hace falta ser honesto. Y eso es lo más difícil.

El Bhagavad-gita no deja de ser profundo porque una institución falle. Las enseñanzas de Cristo no pierden su valor porque el Vaticano las ignore. La meditación no deja de funcionar porque tu maestro de yoga sea un fraude.

La pregunta real no es "¿me voy o me quedo?" Es: "¿cómo soy honesto conmigo mismo a partir de ahora?"

El Bhagavad-gita (6.5) dice que uno debe elevarse a sí mismo por medio de su propia mente, no degradarse. La mente es tu amiga y tu enemiga. Elévate con tu propio esfuerzo. No esperes que el sistema cambie. Antes de señalar la hipocresía de los líderes: ¿soy yo completamente honesto en mi práctica? No como autocastigo. Como punto de partida.

No se trata de quemar todo de golpe. Es gradual. Y lo que a mí me ha funcionado es buscar—o crear—un pequeño núcleo de personas auténticas. Dentro o fuera de la institución. No miles. No perfectas. Honestas. Y un aviso: quienes lo han intentado saben que el sistema no lo recibe bien. Te etiquetan, te marginan, pierdes relaciones de años. Es el coste. Pero la alternativa—seguir fingiendo que todo está bien—es peor.

El Bhagavad-gita (3.21): "Lo que haga una gran persona, la gente común lo sigue. Los estándares que ella establece con su ejemplo, el mundo entero los sigue."

Si hay un pequeño grupo que vive con autenticidad, ese grupo se convierte en ejemplo. No necesitas cambiar la institución. Necesitas ser el ejemplo que ella dejó de ser.

Yo elegí mi camino. Lo que hagas con el tuyo es cosa tuya. Pero que al menos sea una decisión, no una inercia.

La protección

«En la práctica, ¿cómo me protejo de un falso maestro espiritual?»

Alguien me hizo esta pregunta después de una charla en Madrid. Era un hombre de unos treinta años, pelo corto, aspecto de profesional. No venía de ninguna tradición. Había ido a un retiro de meditación y algo le había olido mal. "¿Cómo sé si es de fiar antes de meterme más?" me dijo.

Le respondí con lo que voy a escribir aquí. No son reglas más. Son el destilado de medio siglo observando de cerca a personas que fingían y a personas que no.



Los textos védicos tienen nombres para lo que finge un falso guía: *kapatya*—duplicidad, decir una cosa y hacer otra; y *dambha*—falso orgullo, creerse superior sin base

real. Y uno de los textos clásicos de instrucción espiritual abre con un requisito que lo dice todo: para estar cualificado como maestro, una persona debe poder controlar los impulsos del habla, la mente, la ira, la lengua, el estómago y los genitales. Seis formas de control. No como ideal. Como mínimo.

Yo lo traduzco en señales que cualquiera puede observar:

Seis señales de alarma.

Primera: no tiene ecuanimidad ante la dificultad. Cuando le llega un problema, reacciona con angustia, ira, victimismo o manipulación. Un maestro genuino no tiene planes personales—sigue el plan del Señor y de su maestro espiritual. Por eso acepta lo que venga: lo ve como prueba o como circunstancia que llevará a algo mejor. Un impostor tiene agenda propia, y cuando la realidad no se ajusta a ella, viene la frustración. Y de la frustración, la ira, la ansiedad, el victimismo—o acusarte a ti: que no le sigues lo suficiente, que no le haces caso, que sus problemas son culpa tuya.

Segunda: sus decisiones son políticas. No mires lo que dice. Mira cómo vive. ¿Acumula riqueza? ¿Necesita un séquito? ¿Sus decisiones se guían por estrategia para mantener su posición—a costa de faltar a la verdad, mirar hacia otro lado o descuidar el sufrimiento de los demás, a veces causado por la propia institución en la que es líder?

Tercera: evita las preguntas directas. Si haces una pregunta honesta y la respuesta es minimizarte, burlarse de ti, decirte que no tienes fe o que estás de parte del enemigo—vete. El Bhagavad-gita entero nació de una pregunta. Quien no tolera preguntas teme las respuestas.

Cuarta: su autoridad depende de la institución. Si mañana perdiera su título, ¿seguiría irradiando lo mismo? Un maestro genuino no necesita cartel.

Quinta: sus seguidores empeoran. Mira a los discípulos. ¿Son más libres, más compasivos, más ecuanímenes? ¿O más dependientes, más fanáticos, más cerrados? El fruto revela la raíz.

Sexta: aísla a sus seguidores. Si te dicen que solo leas lo que él autoriza, que no mires internet porque hay mucha basura, que no escuches otras voces—eso es control. El conocimiento genuino no teme la comparación.

Cinco preguntas antes de seguir a alguien.

¿Practica lo que enseña? No lo que dice que practica. Lo que puedo observar.

¿Puedo hacerle cualquier pregunta sin miedo?

¿Sus discípulos cercanos son personas que admiro?

¿Cuánto de lo que me atrae es la enseñanza y cuánto el carisma?

Y la más importante: si descubriera que tiene defectos graves, ¿podría mantener mi práctica sin esta persona?

Si la respuesta es no, pregúntate si lo que sigues es la enseñanza o a la persona. Las enseñanzas no cambian. Tu conexión con ellas no debería depender de un intermediario.

Cómo mantener tu vida espiritual.

Lee los textos directamente. Forma tu propio criterio a partir de la fuente.

Busca compañía honesta. Personas que practican con sinceridad y que puedes mirar a los ojos.

Y cuando encuentres a alguien que realmente vive lo que enseña—alguien que te ayuda a entender mejor lo que lees y a profundizar en tu práctica—ahí tienes un mentor. No hace falta prisa. Mejor sin guía que con el guía equivocado.

Prabhupada, en aquel paseo matutino:

"Be honest, and hear from Krishna."

Sé honesto. Ve a la fuente directa.

No necesitas más.

La pregunta final

«Si Dios existe y es bueno, ¿por qué permite que haya falsos maestros?»

Es la versión espiritual de la pregunta más antigua. Si hay un Dios bueno, ¿por qué existe el mal? Si la verdad espiritual existe, ¿por qué está llena de impostores?

• • •

Vuelvo al paseo matutino.

"Krishna's mercy is already there. It is your misuse of free will."

La misericordia ya está ahí. Siempre. La oportunidad de despertar se ofrece constantemente. En cada encuentro con la verdad, en cada verso de las escrituras, en cada momento de sinceridad.

¿Por qué tan pocos la aceptan?

Porque existe el libre albedrío. Y el libre albedrío, mal utilizado, lleva a preferir lo cómodo a lo verdadero.

Prabhupada señaló algo que duele: a pesar de décadas predicando, el número de los que realmente aceptaron fue, en sus palabras, "very insignificant."

No lo dijo con amargura. Lo dijo con la serenidad de quien constata un hecho.

Los falsos maestros existen porque hay demanda. Demanda de una espiritualidad que no exija nada. Que te diga lo que quieres oír. Que venda "despertar" sin pedirte que renuncies a nada. El impostor no es la causa del problema. Es el síntoma.



El Bhagavad-gita (7.19): "Después de muchos nacimientos y muertes, aquel que realmente tiene conocimiento se entrega a Mí, conociéndome como la causa de todas las causas y todo lo que existe. Tal gran alma se encuentra muy rara vez."

Su-durlabhah. Extraordinariamente escasa.

Pero los pocos que aceptan lo cambian todo. Un solo buscador sincero vale más que un millón de seguidores tibios.

Y si estás leyendo este libro. Si has llegado hasta aquí. Si te haces estas preguntas en lugar de mirar para otro lado.

Eso ya es algo. No es un accidente.

No lo desperdicies.

El Bhagavad-gita termina con una invitación que suena radical pero que hay que entender bien:

*sarva-dharman parityajya mam ekam saranam vraja
aham tvam sarva-papebhyo moksayisyami ma sucah*

"Abandona todas las formas de religión y simplemente ríndete a Mí. Yo te liberaré de todas las reacciones pecaminosas. No temas."

No dice que abandones tu práctica. Dice que no te aferres a la forma. La religión—cualquier religión—es un vehículo. Si el vehículo funciona, úsalo. Pero no confundas el vehículo con el destino. El destino es la conexión directa con Dios. Las instituciones, las estructuras, los títulos—todo eso son herramientas. Cuando una herramienta deja de servir, busca otra. Pero no dejes de caminar. El camino no se ha roto. Los impostores no lo han destruido. Solo lo han hecho más difícil de ver. Pero sigue ahí. Y tú, con honestidad y las enseñanzas en la mano, puedes recorrerlo.

Tu pregunta

Estas diez preguntas son solo el principio.

Si has llegado hasta aquí, es probable que tengas la tuya. Una que llevas dentro meses. Quizá años. Una que no te atreves a hacer en voz alta porque sabes que, en cuanto la digas, algo cambia.

Quiero escucharla.

No es una frase hecha. Llevo décadas en esto y sé lo que se siente cuando tienes una pregunta que quema y no hay nadie a quien hacérsela. O peor: hay gente, pero sabes que te van a dar la respuesta oficial, no la honesta.

Si has vivido algo parecido a lo que cuento en estas páginas—si has visto algo que no cuadraba, si te tragaste la duda, si te fuiste, si te quedaste sin saber por qué—cuéntamelo. No tienes que dar tu nombre. No tienes que dar detalles que no quieras dar. Pero habla. Aunque sea conmigo.

Cada semana, en A la Luz del Shastra, respondo preguntas como estas. Sin censura. Sin guión. Si me escribes, te respondo personalmente. Y si tu pregunta puede ayudar a otros, la respondo en el podcast—sin dar tu nombre, salvo que tú quieras. Puedes escribirme a:

shastra.bhaktiyoga.es/pregunta



A veces pienso en aquella mujer del templo de España. La que se acercó con la voz baja y me preguntó lo que yo no me atrevía a responder. Espero que haya encontrado sus respuestas. Este libro es mi forma tardía de dárselas.

Si tú tienes la tuya, no esperes otros veinte años.

Sobre el autor

Jagannatha Mishra Dasa lleva medio siglo practicando bhakti yoga. Conoció el movimiento Hare Krishna a los catorce años, cuando su fundador, Srila Prabhupada, todavía estaba presente. Se hizo monje a los diecinueve. Ha vivido en comunidades, ha predicado en contacto directo con la gente durante décadas, y ha visto de cerca tanto lo mejor como lo peor de la vida espiritual organizada. No ha vivido en una burbuja: ha trabajado, ha pagado facturas y ha llevado una vida normal fuera del templo.

Hoy dedica su tiempo al estudio de los textos védicos y a compartir ese conocimiento sin filtros institucionales. Es el creador de bhaktiyoga.es y el presentador de A la Luz del Shastra—el programa semanal de filosofía védica sin censura. Vive en Alicante, España.